

DIA IX.

MARTIROLOGIO.

SANTA FRANCISCA, viuda, en Roma, ilustre en nacimiento, en santidad y en el don de hacer milagros. (*Véase la noticia de su vida en las de este día.*)

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS CUARENTA SOLDADOS MÁRTIRES DE CAPADOCIA, en Sebaste de Armenia, los cuales siendo emperador Licinio, y presidente Agricolao, despues de haberlos puesto en una cárcel espantosa cargados de cadenas, y haberles deshecho la cara con piedras, en el rigor del invierno los echaron desnudos en un estanque helado, en donde estuvieron toda una noche al descubierto; sus miembros con el hielo se descoyuntaban; finalmente consumaron el martirio habiéndoles roto las piernas. Los mas nobles entre ellos eran CIRION y CÁNDIDO. S. Basilio y otros Padres en sus escritos celebraron las glorias de estos mártires; su fiesta se celebra mañana.

LA DICHOSA MUERTE DE SAN GREGORIO, obispo, en Nisa, hermano de S. Basilio el Magno, ilustre en santidad y doctrina, el cual por defender la fe católica fué desterrado de su ciudad en tiempo del emperador Valente, arriano.

SAN PACIANO, obispo, en Barcelona de España, célebre por su buena vida y elocuencia, el cual murió en su última vejez en tiempo del emperador Teodosio. (*Véase la historia de su vida en las de este día.*)

LOS SANTOS OBISPOS CIRILO Y METODIO, en la Moravia, los cuales convirtieron á la fe de Cristo muchas gentes de aquellas regiones juntamente con sus reyes.

SANTA CATALINA, virgen, del orden de Santa Clara, en Bolonia, ilustre en santidad; su cuerpo se venera con gran devocion en aquella ciudad.

SANTA FRANCISCA, VIUDA.

SANTA Francisca, que con razon puede proponerse por modelo de virtud á todas las mujeres cristianas de cualquier estado y condicion que sean, nació en Roma el año 1384. Así su padre Pablo de Bruxis, como su madre Jacobina Rofrendeschi, eran de casas ilustrísimas y antiquísimas. Apenas nació al mundo cuando se conoció bien que nacia destinada únicamente para el cielo. La paciencia, la dulzura de su natural, el amor á la pureza, en una edad en que apenas se habia desembarazado la razon, pronosticaban quanto habia de sobresalir con el tiempo en todo género de virtudes.

Nunca tomó el gusto á los entretenimientos pueriles, y mu-



STA. FRANCISCA VIUDA.

cho menos á aquellas melindrosas delicadezas, que nacen al parecer con las doncellitas de su calidad. Desde niña repararon todos el amor que profesaba á la soledad, al retiro, y á la oracion. Valiase de cien pueriles industrias para recatar de los ojos de sus padres, y de la noticia de su aya las mortificaciones que hacia; y á los once años tomó la resolucion de encerrarse en un monasterio, y de consagrarse á Dios enteramente; pero sus padres, que tenian otras ideas, sin consultar su inclinacion, la casaron, cuando apenas contaba doce años, con un caballero romano, jóven, rico, noble, y de prendas muy sobresalientes, llamado Lorenzo de Poncianis.

Empeñada ya, y ligada al matrimonio, solo pensó en santificarse en él. Persuadida á que la verdadera devocion consiste en cumplir cada cual perfectamente con las obligaciones de su estado, dedicó toda su aplicacion á no omitir alguna de las correspondientes á aquel en que se hallaba colocada por la divina Providencia. Su primer cuidado fué estudiar el genio y la inclinacion del marido, imponiéndose una estrecha obligacion de estarle siempre rendidamente sujeta, evitando con el mayor desvelo cuanto pudiese ocasionarle algun disgusto, y turbar la paz, y la buena armonia entre ambos.

Pocos matrimonios se han visto mas felices, porque se han visto pocos tan santos. La estimacion, el amor, y el respeto eran recíprocos; la paz y la union inalterables: cuarenta años vivieron juntos, sin que en todo este tiempo hubiese habido la menor desazon, ni la mas mínima tibieza.

El principal objeto de su atencion era su familia. Habiéndola dado Dios un hijo y una hija, estuvo muy léjos de fiar á otros el cuidado de su educacion, persuadida á que esta era la primera obligacion de una madre cristiana. Desempeñóla tan cabalmente, que su hijo murió con fama de santidad en la edad de nueve años; y la hija, que solo tenia cinco cuando murió, estando para espirar exclamó, que estaba viendo á su hermano resplandeciente como un sol, que la convidaba á que fuese á gozar de la misma gloria.

Acordándose de lo que dice el Apóstol (*ad Timoth. c. 5. v. 8.*), que *el que no cuida de los suyos, especialmente de los que tiene dentro de casa, en cierta manera renuncia la fe, y es peor que un infiel*; es imponderable la atencion con que velaba sobre sus domésticos, el agrado y la bondad con que trataba á los que la servian. Mirábalos como á hijos, y á todos los servia ella como amorosa madre. Cuando caia enfermo algun criado suyo, nunca permitia que le llevasen al hospital. *Si vamos á los hospitales*, decia la

Santa, *á servir á los pobres extraños; ¿por qué no hemos de servir dentro de casa á nuestros criados enfermos?*

Conservando siempre el mismo espíritu de oracion, y de retiro, decia que su casa era su convento; y á la verdad así lo parecia segun el orden, la regularidad y la piedad que reinaba en ella. Trabajaba con sus criadas en horas señaladas; oian todas la leccion espiritual, que ella misma las daba leyéndolas un libro á propósito, y todas las noches habia un rato de oracion á que todas concurrían. Aunque la exhortacion mas eficaz era la de sus grandes ejemplos, con todo eso de cuando en cuando convocaba á toda la familia para hacerla sus pláticas espirituales, especialmente en las vísperas de los dias festivos; y aunque su grande caridad la inclinaba á proveer á todos abundantemente de todo lo necesario, la mayor actividad de su celo se esplicaba principalmente en cuidar de la salvacion de sus almas.

Desde el primer dia de su boda se puso entredicho á la concurrencia de espectáculos, festines y diversiones mundanas, sin hacerla fuerza el verse moza, rica, y de nobleza tan calificada. Solia decir, que por ser rica, y por ser noble no dejaba de ser cristiana; esto es, que no por eso se consideraba menos obligada á vivir segun las reglas del Evangelio; y en conclusion, que habiendo de seguir algunas máximas, ella no conocia otras mejores que las de Jesucristo.

Siempre vistió lana, consintiéndolo su marido, y aunque los cuartos de la casa estaban adornados con la decencia correspondiente á su estado, no se veia en ellos cosa alguna que pudiese ofender la modestia cristiana. Nada tenia de austera, de ceñuda, ni desabrida su devocion: antes bien su dulzura, sus apacibles modales, y aun su misma complacencia hacian mas amable la virtud; siendo su ejemplo de tanta edificacion en Roma, especialmente con las de su sexo y calidad, que retiró de las vanidades del mundo á muchas matronas romanas, inspirándolas el mismo amor á la virtud que ella tenia. No pocas la acompañaron en una especie de congregacion instituida bajo la direccion de los padres del oratorio del monte Olivete, donde la santa emulacion que escitó entre las congregantas despertó la caridad y el ejercicio de las obras de misericordia que se hacian en toda la ciudad.

Aunque era tan grande el amor que profesaba á la oracion, en la cual regularmente recibia singularísimos consuelos, sabia interrumpirla sin impaciencia, y sin enfado siempre que la obligacion la llamaba á otra parte, mostrando el Señor cuan grata le era esta disposicion de ánimo por un suceso milagroso. Re-

zaba un día con su acostumbrada devoción el oficio parvo de la Santísima Virgen, y en un solo verso la interrumpieron cuatro veces, dejándole todas cuatro sin dar la mas leve seña de impaciencia. Cuando volvió la cuarta vez á comenzar el mismo verso, le halló escrito con letras de oro: lo que no se hubiera sabido, si la persona que se hallaba allí casualmente, y fué testigo de la maravilla, no la hubiera publicado.

El tiempo que la sobraba de la oracion, de los ejercicios espirituales, y del cuidado doméstico de la familia, le dedicaba enteramente á las obras de misericordia. Era obedientísima á su director, el cual pudo moderar sus penitencias, pero no el deseo de hacerlas, y de padecer. Decia que la vista de Cristo crucificado la estaba continuamente reprendiendo su grande delicadeza; siendo así que no era fácil tratarse á sí misma con mas rigor de lo que ella se trataba.

Caminaba Sta. Francisca á largas jornadas en el camino de la perfeccion, cuando el Señor, que hasta entonces la habia colmado de extraordinarios favores, derramando en su alma aquellas dulzuras abundantes que hacen gustar con anticipacion los destellos de la gloria, quiso darla parte en su cruz, para que viese el mundo que la virtud de nuestra Santa era un fruto que se daba en todas las estaciones, y que no dependiendo de la abundancia, ni de la prosperidad, era superior á todas las desgracias.

El año de 1413 entró en Roma Ladislao, rey de Nápoles, durante el cisma que afligia y destrozaba la Iglesia. Vió Francisca saqueada su casa, confiscados sus bienes, y desterrados de la ciudad á su marido y á su cuñado Paulucci. Padeció esta desgracia con admirable constancia; y porque no pudo contener las lágrimas cuando vió que la arrancaban á su marido y á su hijo, toda la vida lloró este, á su parecer, excesivo sentimiento, y le trató como un gran delito del amor propio. Nunca respondia otra cosa á los que concurrían á consolarla, sino: *El Señor me quitó lo que me habia dado, pues sea su nombre bendito.* Su serenidad inalterable, su perfecta resignacion, y su tranquilidad fueron el mayor elogio de su virtud, admirando y cautivando á los mismos que habian tenido mas parte en sus desgracias.

Pasada aquella tempestad, se levantó el destierro al marido, se le restituyeron los bienes, y volvió á su antigua prosperidad la familia. Aprovechóse Sta. Francisca de la buena disposicion en que se hallaba su esposo, y le persuadió fácilmente á que, en adelante viviesen como hermano y hermana, entregán-

dose del todo á la oracion y al ejercicio de las obras de misericordia.

Viéndose ya con mayor libertad para dedicarse á sus devociones, alargó las riendas á su fervor y á su celo. Comia una sola vez al día; prohibióse casi del todo no solo la carne, sino tambien el pescado; la ropa exterior y la interior eran de lana, sin volver á usar el lienzo; acostábase vestida, y no dormía mas que dos horas por la noche. Traia á raiz de las carnes un saco de cerdas ceñido con un cinto de hierro, que introduciéndose por ellas, la lastimaba mucho, causándola agudísimos dolores. La vista sola de estos instrumentos de penitencia, que aun se conservan con grande veneracion en su monasterio de las Oblatas, hace estremecer. Por mucho tiempo bebió por un cráneo, ó media calavera, para vencer su delicadeza y repugnancia. Tenia singularísima devocion á la pasion de Cristo, y pidió con instancias á este divino Salvador, que la hiciese experimentar toda la amargura de su dolorosa pasion todas las veces que medítase en ella. Fuéla concedida esta gracia, y muchas veces la tuvieron por muerta por la vehemencia de los dolores que padecia.

Reducida á la familia precisa, y desembarazada en parte de su cuidado, vivia mas en los hospitales que en su casa. Ningun pobre vergonzante, ninguna doncella necesitada, y por lo mismo espuesta á mayor peligro, ningun infeliz se escondia á su vigilancia, á su solicitud, á su caridad, y á su celo.

A vista de la virtud tan amable de nuestra Santa con sus discretas y piadosas conversaciones, pero mucho mas con sus ejemplos, perdieron el gusto del mundo muchas doncellas y viudas jóvenes por la mayor parte personas de calidad. Inspiróla, pues, el Señor el pensamiento de fundar un monasterio de Oblatas, esto es, de vírgenes y matronas, que, deseosas de renunciar las vanidades del mundo, se dedicasen enteramente á servir á Dios.

Como por parte del marido nunca hallaban embarazo estas piadosas ideas, antes bien encontraba siempre en él toda la docilidad que podia desear; emprendió aun en vida suya la fundacion del monasterio, que fué y es el día de hoy uno de los mas ilustres, y de los mas santos de la Iglesia, donde gran número de doncellas y señoras de la primera nobleza resucitan en sus personas el generoso desprecio de las vanidades y de las grandezas mundanas, y con el ejercicio de las mayores virtudes retratan fielmente á nuestros ojos las de su santa fundadora, cuyo espíritu conservan con singular perfeccion.

Fundó Sta. Francisca este piadoso monasterio el año de 1425 bajo la regla de S Benito, añadiendo algunas constituciones particulares que ella misma escribió de su mano, y cinco ó seis años despues las aprobó el papa Eugenio IV, poniéndose este nuevo orden bajo la proteccion de la Santísima Virgen. Fué tanto el número de doncellas que abrazaron desde luego este devoto instituto, que fué preciso edificar otro monasterio mas capaz. Dióselas el nombre de *Oblatas*, porque en lugar de *profesion*, como las demás religiosas, solo hacen *oblacion*.

Pocos años despues perdió Sta. Francisca á su cuñada Vannoccia, mujer de Paulucci, compañera inseparable suya en la mayor parte de las obras de caridad, é imitadora fiel de sus virtudes. A la muerte de la cuñada se siguió la de Lorenzo Ponticianis su marido, que sucedió el año de 1436. Viéndose con esto desembarazada nuestra Santa de todo lo que podia detenerla en el mundo, se fué á encerrar prontamente en su monasterio de las Oblatas, para acabar sus días en el ejercicio de la penitencia, y en la observancia de la regla que ella misma las habia dado. Pidió de rodillas á sus propias hijas que la recibiesen, no como fundadora, sino como la mas inútil criada de la casa. Tomó el hábito de religiosa, é hizo su oblacion el mismo día de S. Benito del año 1437; y desde aquel punto no habia ministerio tan humilde, no habia oficio tan bajo, que no juzgase la venia muy ancho, teniéndose por muy honrada en que se le permitiesen ejercitar. Humillábase continuamente delante de las mas minimas hermanas, y se reputaba por indigna de estar en su compañía.

Salía ella misma fuera de la ciudad á buscar la leña necesaria para la casa, trayéndola unas veces á cuestras, y otras sobre un jumento, que conducia por las calles mas públicas de Roma, no habiendo para Francisca mayor gusto, que cuando la hacian creer, que todos la despreciaban. Ya no hay que admirar que colmase el Señor de favores tan extraordinarios á una alma tan humilde.

Veíanla en la oracion ordinariamente arrebatada, y en estos maravillosos éstasis la revelaba el Señor los misterios mas oscuros, ilustrándola con luces sobrenaturales. Concedióla el don de profecía, el de penetrar los corazones, y tambien el de los milagros.

Comunmente veia al ángel de su guarda en figura de un niño hermosísimo vestido de blanco, y tan resplandeciente, que la iluminaba en medio de la noche, y solamente se la ocultaba cuando por algun pensamiento inútil, ó por alguna pala-

bra ociosa la castigaba Dios, privándola de este insigne favor.

Viéndose obligada á admitir el oficio de superiora, no por eso alteró su humildad, ni su recogimiento; y solo sirvió para manifestar mas su santidad por gran número de milagros. No hallándose en toda la casa mas que tres mendrugos de pan para ochenta religiosas, luego que echó la bendicion á la mesa, hubo bastante para todas. Trabajando un día en cierta viña con las hermanas, y no encontrándose agua para apagar la sed, que las afligia, se vieron las cepas cargadas de racimos frescos, aunque era por el mes de enero. Respetábanla las tempestades y las lluvias sin tocar á su persona cuando la cogian en campo descubierto. El principe de las tinieblas hizo los mayores esfuerzos para espantarla, para acobardarla, y aun para engañarla; pero en vano, porque los mas furiosos ataques de los espíritus malignos se convertian en mayor confusion de ellos mismos, quedando siempre victoriosa nuestra Francisca. En fin, su vida fué una eslabonada cadena de portentosas virtudes, y de asombrosos prodigios, por donde fácilmente se comprenderá qué preciosa fué su dichosa muerte á los ojos del Señor.

Previnola de su cercanía una violenta fiebre, que la acometió y puso en consternacion no solo á sus hijas, sino á toda Roma; sola Francisca estaba llena de gozo viendo acercarse el feliz momento, que la habia de unir con su Dios. Pronosticó que moriria el jueves, como sucedió en el día 9 de marzo de 1440, á los cincuenta y seis años de su edad. Los milagros, que obró en vida y en muerte determinaron al papa Paulo V á canonizarla, el año de 1608, haciendo la funcion con la solemnidad correspondiente á la gran veneracion, que todo el mundo cristiano profesaba de muy largo tiempo á esta celeberrima Santa.

SAN PACIANO, OBISPO DE BARCELONA.

FUE S. Paciano uno de los hombres mas sabios de su tiempo y uno de los prelados que han dado mayor lustre á la cátedra Barcinonense, que mereció tener por panegirista al gran doctor de la Iglesia S. Jerónimo. Debó florecer este Santo desde principios del siglo iv hasta el imperio de Teodosio, que comenzó por los años de 379, puesto que en los de 391, que era el décimo cuarto de aquel emperador, lo supone ya muerto el mismo S. Jerónimo. No se sabe el lugar donde nació; aunque el haber sido obispo de Barcelona inclina á creer que era natural ó de esta ciudad ó de alguno de los pueblos Laletanos, conforme al cánón xxiv del concilio de Iliberi, que prohibia ordenar á los

bautizados en tierras lejanas; y esta era entonces la disciplina general de la Iglesia, aunque tuvo una ú otra escepcion.

Fué educado Paciano en los estudios de las buenas letras: lo que dejó escrito prueba haberle sido familiares desde muy jóven los escritores mas cultos de la antigüedad, latinos y griegos.

En su juventud abrazó el estado del matrimonio, del cual tuvo un hijo llamado Dextro, no el prefecto del pretorio del mismo nombre á quien S. Jerónimo dedicó el catálogo de los varones ilustres; sino aquel otro mozo esclarecido en piedad y letras, que escribió una historia general, de que hace mérito el mismo S. Jerónimo.

Al decir de unos, Paciano abrazó el estado eclesiástico y recibió los órdenes sagrados libre ya del vínculo del matrimonio por haber muerto su mujer; distinguiéndose desde luego en el nuevo estado hasta el punto de ser elevado por universal consentimiento del clero y de todo el pueblo, á la dignidad episcopal. Al decir de otros ascendió directamente del estado del matrimonio á aquella dignidad. Pudo ser lo uno y lo otro (*); pero bien se deja entender cual seria el mérito singular que en nuestro Santo reconocerian juntamente el clero y el pueblo, cuando en un tiempo tan calamitoso y tan triste para la Iglesia echó mano de él para que gobernase. De otra parte tenia el Santo bien previstas las formidables cargas del ministerio episcopal, y confiando en aquel Señor que las cargó sobre sus hombros, que le daría fuerzas para satisfacer sus deberes, se aplicó, luego que se consagró, á satisfacerlas con aquel celo, y con aquella vigilancia que exige el Apóstol de los prelados perfectos colocados en el

(*) Para que se entienda como S. Paciano, aun siendo casado, pudo ser promovido á la silla episcopal de Barcelona, debe saberse que en aquellos tiempos eran muy pocos los solteros que al celibato juntasen las circunstancias que pide el Apóstol para el episcopado. Esta falta obligó muchas veces al clero y al pueblo á que para la eleccion de prelados pusiesen los ojos en aquellos padres de familia cuya sabiduria y vigilancia por el bien de sus domésticos, junto con la honestidad y santidad de vida, eran indicios casi seguros del tino con que habian de gobernar la Iglesia. Ejemplos hay de esta disciplina en S. Hilario, obispo de Poitiers, en S. Paulino, obispo de Nola, en Sinesio, obispo de Tolemaida, etc. Pero luego de elegidos estos obispos, quedaban separados de sus mujeres y obligados á continencia perpetua. Y las mujeres quedaban igualmente obligadas á guardar asimismo continencia perpetua, aun en el caso de fallecer los que habian sido sus maridos (Concil. Toled. 1. Can. XVIII.), y solian servir en la clase de diaconisas mientras se mantuvo este grado en la Iglesia.

candelero de la Iglesia, sirviendo á los cristianos de agradable consuelo, al paso que de grave terror á los herejes contra los que guerreó gloriosamente: y como era tan sabio escribió varios opúsculos llenos de aquella uncion que derrama el Espiritu Santo sobre los doctores de la Iglesia. Así lo acreditaron las tres cartas que escribió á Simproniano hereje novaciano contra los errores de esta secta, en las que brilló su erudicion, su santidad, y su mansedumbre; no menos que en otra que dirigió al mismo sobre la dignidad, y sobre la inteligencia del nombre cristiano: manifestándole, que éste solo conviene con verdad á los hijos obedientes á la santa romana Iglesia, que creen, y confiesan la fe ortodoxa, y no á los herejes, sin embargo que se comprenden bajo esta determinacion. Tambien compuso un escelente tratado sobre el sacramento del Bautismo, y otro libro que intituló: *Parenesis, ó Exhortacion á la Penitencia*, en el que hizo ver su ardiente celo por la salvacion de las almas, exhortando por él á sus ovejas con las espresiones mas vivas, y mas eficaces á la práctica de una virtud tan importante para la remision de los pecados.

No menos se echó de ver el celo de S. Paciano en la obra que se ha perdido, intitulada el *Ciervo*, la cual escribió para desterrar del pueblo cristiano ciertas máscaras y fiestas gentílicas que en muchas provincias de Oriente y Occidente se celebraban el dia primero del año, disfrazándose mujeres y hombres en figura de ciervos y de terneras ó cabras ú otros animales, para cometer á su sombra mil escándalos é impurezas. Desórdenes llorados de muchos santos de los cinco primeros siglos, que á pesar de la penitencia impuesta por los cánones antiguos (*) duraba aun en tiempo de S. Isidoro, y que sin duda alguna son las malas semillas de las máscaras y otras diversiones semejantes, con que aun en nuestros dias se preparan para celebrar la santa cuaresma la mayor parte de los pueblos de la cristiandad.

No impidieron al santo prelado todas estas tareas literarias, que nos dan idea de su gran sabiduria, y de su ardoroso celo por la religion católica, el que surtiese á su grey con los saludables pastos de la doctrina evangélica, para que ella se conservase inviolable en el sagrado depósito de la fe con la misma pureza que la predicaron los Apóstoles; ni el que atendiese su ardiente caridad al socorro de todas las necesidades de sus ovejas, que experimentaron

(*) Los cánones penitenciales señalaban tres años de penitencia á los que hacian el ciervo ó la ternera ó becerro, si prometian enmendarse.

en él un padre piadosísimo, y un vigilantísimo pastor, que como tal continuó muchos años en las funciones de su ministerio hasta que llegó á una edad avanzadísima; haciéndose respetar no solo de los cristianos, sino de los herejes, que en vista de sus eminentes virtudes, no pudieron dejar de llamarle con el honroso nombre del venerable anciano. Finalmente, despues que ilustró á su Iglesia con su celestial doctrina, que confirmó á los fieles con sus palabras, y con sus ejemplos, y que redujo á no pocos estraviados al redil de Jesucristo, lleno de dias y de merecimientos, murió santamente á fines del siglo IV, no sabiéndose cosa cierta ni en orden al año de su muerte ni á la duracion de su pontificado. Sábese únicamente que no era ya S. Paciano obispo de Barcelona por los años 393, en que su sucesor Lampio en esta misma ciudad ordenó de sacerdote á S. Paulino, el que fué despues obispo de Nola. (S. Paulin. *ad Alip. Epist.*)

El alto concepto de santidad en que falleció el ilustre prelado hizo que los fieles de Barcelona erigiesen en honor suyo una capilla, y un altar donde le tributaron el culto debido; cuya festividad mandó en el año 1595 el ilustrísimo obispo de aquella ciudad D. Juan Dimas Loris, que se celebra con rito de primera clase en el insinuado dia 9 de marzo: y queriendo el sínodo diocesano que se tuvo en Barcelona en el de 1600, siendo obispo de ella D. Alfonso Colona, elevar la veneracion del Santo hasta lo sumo, dispuso que se guardase su fiesta de precepto con prohibicion de toda obra servil.

Aunque las reliquias de S. Paciano se perdieron poco tiempo despues de su muerte en la irrupcion de los Sarracenos, se conservaba la tradicion de que existian en una arca en la parroquial iglesia de S. Justo y Pastor de la misma ciudad de Barcelona: y de esta arca se hizo reconocimiento público por el citado obispo D. Juan Dimas Loris en el año 1593, en la cual si bien se hallaron los huesos de un cuerpo humano, no se halló vestigio de su nombre.

Las obras limadísimas y muy piadosas de este santo obispo se imprimieron por primera vez en París el año 1538. Veinte y seis años despues Pablo Manucio las reimprimió en Roma en un tomo en folio, añadiendo las obras de Salviano, Maximo, Sulpicio y otros. Tambien se han incluido en las Bibliotecas de los Padres antiguos en el tomo 2.º de la coleccion que hizo el cardenal Aguirre de los concilios de España, y en el tomo 1.º en la reimpression de esta obra que hizo en Roma Catalani á mitad del siglo pasado. Tambien las reimprimió el M. Florez entre los Apéndices del tomo 29 de la España sagrada. Ultimamente D. Vicente

Noguera instado por el sabio obispo de Barcelona D. José Climent, tradujo al español las obras de S. Paciano, la cual version acompañada del texto latino, ilustrada con observaciones y notas, y un discurso preliminar acerca de la vida y escritos de nuestro Santo se imprimió en Valencia el año 1780.

La Misa es en honra de Sta. Francisca, y la oracion de la Misa es la que se sigue:

O Dios, que entre otros admirables dones concediste á tu sierva Sta. Francisca la gracia de conversar familiarmente con su ángel; suplicámoste, que por su intercesion nos concedas, que algun dia merezcamos alabarte en compañía de los mismos espíritus celestiales. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 5 de la primera del apóstol S. Pablo á Timoteo.

Carísimo: Honra á las viudas que son verdaderamente viudas. Mas si alguna viuda tiene hijos ó sobrinos, aprenda primero á gobernar su casa y pagar lo que debe á sus padres; porque esto es acepto delante de Dios. Aquella que es verdaderamente viuda, desamparada y abandonada, espere en Dios, é inste con plegarias y oraciones dia y noche. Porque la que vive en delicias, viviendo está muerta. Y mándalas esto para que sean irreprehensibles. Y si alguno no cuida de los suyos, especialmente de los que son de su casa, negó la fe, y es peor que un infiel. Eljase la viuda de no menos que sesenta años, que haya sido mujer de un solo marido, y que testifique con las buenas obras si ha educado á los hijos, si ha ejercitado la hospitalidad, si ha lavado los pies á los santos, si ha socorrido á los que padecian tribulacion, si se ha ocupado en toda obra buena.

REFLEXIONES.

Es la viudez un estado de luto, de privacion y de retiro. Querer alegrarse, tomar gusto á las diversiones, esponerse demasiado al aire del mundo, es salir de su estado. Repartiendo S. Gregorio papa á todos los fieles en diferentes clases, declara que las viudas pertenecen á la segunda. Realmente siempre han logrado en la Iglesia un lugar muy distinguido. (*In 1. Reg. lib. 4. cap. 4.*) El mismo Dios quiso llamarse en la Escritura

protector de las viudas, pero de aquellas que lo son verdaderamente, como dice S. Pablo: *Quæ verè viduæ sunt*; esto es, de las que con su circunspección, con su piedad, con su modestia, con su retiro sustentan el honor de su viudez.

¡Qué indignidad, qué poca edificación es ver á algunas viudas mozas volver á engolfarse en el mundo despues de haber sido sacadas de él por un golpe de la divina Providencia, que principalmente se dirigia á su eterna salvacion, rompiendo con tiempo las dulces cadenas que las aprisionaban! ¡De cuantos escollos las habia apartado este dichoso golpe de tempestad! La mano de Dios fué la que de repente cubrió de sombras, y de luto aquel esceso de vanidad, de profanidad, y de galas. Aquellos ojos perpetuamente clavados en las criaturas jamás sabian levantarse hácia el cielo: aquel corazon pegado á la tierra habia perdido el gusto á los bienes celestiales. Embriagada el alma en los deleites, engañosamente inducida por los sentidos, y encantada con las falsas brillanteces del mundo, corria á su perdicion. Era menester quitar la máscara á tantos objetos disfrazados, hacerla palpar la vanidad de las alegrías del mundo, y que tocase con la mano la caduca inestabilidad de los bienes aparentes. Para todo esto era indispensable romper aquel nudo, arrancarla aquella venda, estrujarla bien los ojos, y aplicarlos algun colirio, que los hiciese esprimir lágrimas en abundancia, para que se la despejase la vista; finalmente, era menester rociar de amarga hiel todas las dulzuras mentirosas, que en el sabor eran almíbar, y en la sustancia veneno. Todo esto hizo Dios retirando del mundo á aquel esposo. La imágen de la muerte, el desvío de los objetos, la tristeza, los llantos, el retiro, aunque todo sea involuntario, todo contribuye para obligar á una alma, digámoslo así, á que á lo menos por algun tiempo sea algo mas cristiana. ¿Pero por qué no perseverará en lo comenzado? ¿por qué no entrará en los designios de la divina Providencia? Des-hizo el Señor los lazos que la aprisionaban: ¡qué lástima volver á fabricarse nuevas cadenas! Restituyóse dichosamente á su antigua libertad: ¡y no sosiega hasta volverse á ver en nueva servidumbre! Pocas segundas nupcias hay sin mucho arrepentimiento.

La viuda que se da á las diversiones, es muerta con apariencias de vida: Nam quæ in deliciis est, vivens, mortua est. ¡Qué poco se gusta hoy en el mundo esta verdad! ¿Pero dejará de ser menos verdad, porque se guste poco en el mundo? Las diversiones mundanas son perniciosas á todo género de personas; pero infaliblemente tienen mas veneno para las de ciertos estados. No

siempre es visible, ni se sigue prontamente la muerte del alma; pero no son menos dañosos ni menos mortales los venenos lentos que los ejecutivos.

El Evangelio es del cap. 15 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla, le esconde, y muy gozoso de ello va y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reino de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas, y en hallando una, fué y vendió cuanto tenia, y la compró. Tambien es semejante el reino de los cielos á la red echada en el mar que coge toda suerte de peces, y en estando llena la sacaron; y sentándose á la orilla, escogieron los buenos en sus vasijas, y echaron fuera los malos. Asi sucederá en el fin del siglo. Saldrán los ángeles y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. ¿Heis entendido todo esto? Respondiéronle: Sí. Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos, es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACION.

De las adversidades.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no hay cosa mas comun ni menos conocida que las adversidades. En todas partes se hallan, y en todas se miran como puras desgracias. Con todo eso ninguna adversidad hay, que no pudiera ser muy útil si se conociera bien lo que vale.

Los Santos las estimaron siempre como favores. Ellas sirven de contraveneno á las pasiones: su amargura es un especial remedio contra el amor propio: no hay medicina mas eficaz para curar las ilusiones del corazon, y la ceguera del alma. La prosperidad embriaga, ó por lo menos deslumbra. Es muy dificultoso, que el corazon no se ablande cuando todo se le rie, cuando todo le halaga y le lisonjea. Las adversidades hacen perder el gusto á las criaturas; contienen el admirable secreto de hacernos sensibles y deliciosos los bienes espirituales.

La prosperidad pega el corazon al mundo, fomenta el olvido de Dios, y nutre al alma en sus defectos. La adversidad tiene